MÍRAME

Cierro los ojos
y el mundo se apaga.
Mírame tú, y hazme realidad,
hazme presente.
Clávame en el cielo
con una mirada,
Trenza finas líneas
que una   tus ojos a los míos.
Y yo
buscaré mi destino
en la profundidad
de tus retinas, allí,
negaré los espejismos,
negaré las ensoñaciones, veré
la claridad, tu cielo.

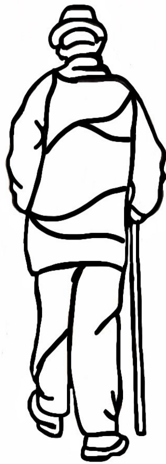
Mírame tú, asómate a mis ojos
y, luego, dime que estoy allí.

SUEÑOS

Frágiles figuras las de los sueños,
como paisajes en una burbuja
envueltos en silencios
llenos de irrealidades.
Metáforas y sombras
de una agotadora vigilia,
quizás premoniciones de mañanas
que empujan los días,
procesiones de imágenes
escondidas en algún rincón.
Huellas que forman parte
de la efímera telaraña de un tiempo
que ya no existe.

EL TIEMPO

Codiciamos el tiempo tanto como el oro
porque en el tiempo queremos estar.
Pero el tiempo es volátil,
es una fina gasa que envuelve
la vida, un recuento
de segundos, minutos y horas,
un no sé que fugaz,
un instante que juega a mantener
el equilibrio entre la conciencia y el sueño.
Un susurro errante que arrastra al mundo.



EL RELOJ

Late arrogante en su reto
el monótono y gris latido
que talla el tiempo celoso
sobre los corruptos cuerpos.
Palpita avanzando como sombras
alargadas e invisibles
mientras se metamorfosea el mundo
entre líneas imaginarias.
Canta su ritmo armonioso, dócil,
ligero, sin pausa,
igual que una nube oscura que surca
el inmenso cielo.
Hace su cálculo frío el tiránico
artilugio y recuerda amenazante
el inevitable destino.

SEPTIEMBRE

Son las hojas secas
del color del bronce
y la luz velada melancolía
lejana, casi opaca.
El cielo, ceniciento y desafiante
trae un aire distinto,
que limpia las huellas
de otro verano
y pone rumbo, sin prisas, al letargo
de las tierras, a las frías
mañanas que llevan a noches
de oleosas brumas.

LLUEVE

Llueve
una lluvia siempre presentida
que moja y esconde las sombras
del día alargando los atardeceres.
Roza con delicada musicalidad
los cristales, murmurando
su lenguaje algo melancólico.
Se mueve húmeda y fría, desnuda
e indiferente, mientras las gotas
se agitan en el vacío
de una mañana desteñida.

Llueve
una lluvia siempre esperada,
que cae, a veces, calmada y serena,
y otras, montaraz y bravía,
que derrama gota a gota
sus aguas fecundas, que rebosa
las polvorientas y vacías acequias,
que desadormece las entrañas
de las amarillas praderías,
y que, al fin, triunfante
refresca la sedienta tierra.

EL FINAL DEL DÍA

Las doce
en el reloj se acomoda
oscuras y negras,
ponen fin al largo día,
obligan a recontar las horas.
El día se ha disimulado gris,
opaco y destemplado,
se han deshecho sus luces
en las umbrosas calles vacías.
Y el cuerpo
cansado pide reposo,
aunque se rebela
a quitarse la careta,
quitarse los falsos atuendos,
para no mostrarse verdadero
y desvelar así incumplidos
sueños, debilidades
y miedos.

OBJETOS PERDIDOS

Me desperté sobresaltada, pensando que los había perdido. Retiré sábanas y mantas, registré armarios y cajones, abrí y cerré puertas y ventanas. Y cuando estaba al borde de la desesperación por la importante pérdida, en un rincón oscuro de una habitación vacía y olvidada, los encontré: allí estaban todos mis sueños borrachos y jugando a las cartas.

SER OTRA



Como el que hace una lista de propósitos a principios de Año Nuevo, yo me levanté un día con la intención de no ser más yo misma. Pensé cuidadosamente cual sería mi disfraz y dibujé sobre mi cara lo que, a mi entender, era la máscara que me haría parecer totalmente distinta, porque si quería ser otra también tenía que serlo para los demás. Pensé también que, ante esta necesidad de dejar de ser yo, debía de abandonar el nombre por el que hasta ahora todos me conocían, y en vez de María ahora sería Marina.

Y así, salí a la calle, con el espíritu renovado, creyéndome ya diferente a lo que había sido esta la mañana, sintiendo que podría tener un presente para mi nueva vida. Pero nada más poner el pie en la calle, todos mis conocidos me miraban extrañados mientras gritaban: "¡ Pero dónde vas así María!"

EL AIRE DE LA MAÑANA

El aire de la mañana es como un secreto, no se ve pero se siente o se presiente. Siempre estamos dentro. Se expande tomando la forma de los cuerpos, dibujándolos con pulcritud matemática, y se oculta tras las nubes y tras las esquinas de las casas. A veces, es denso, otras suaves como un soplo, como el aliento.

Tiene el aire de la mañana un regusto a memoria, a sueños robados a hurtadillas de blancas almohadas, a pensamientos inconfesables, a miradas, a ecos de imágenes antiguas suspendidas en un vacío imposible que son devueltas, poco a poco, en un torbellino loco, y a veces, inquietante.

El aire de la mañana tiene aún el calor templado de las sábanas y de cuerpos que se desperezan sin ganas, mientras él susurra una melodía secreta y etérea, como un latido perpetuo que se deshace en brisa.

A veces sopla como si quisiera arrancar mi sombra, como si quisiera alejarme de la mañana balanceándome como a un equilibrista por la cuerda floja. Mientras camino me hace zigzaguear por la acera, y entonces, me asalta una duda: sigo el camino que me había trazado o dejo que el viento me lleve por donde él quiera.